

## EL INTERES ESTADOUNIDENSE POR AFRICA

### II

*«No son los negros de Africa quienes han inventado o utilizado los gases venenosos y las bombas atómicas, quienes han enviado a seis millones de hombres, de mujeres y de niños a las cámaras de gas y utilizado sus cuerpos como abono. Hitler y Stalin no eran negros de Africa. Tampoco son los negros de Africa quienes han bombardeado y aniquilado Rotterdam, Shanghai, Dresde o Hiroshima» (Robert KENNEDY).*

#### LA FACETA POLÍTICA

Una cosa ha de tenerse bien presente: el interés de los medios dirigentes estadounidenses por Africa.

Cosa lógica. Pues, como ha dicho Martin Luther King <sup>1</sup>, los Estados Unidos han comprendido que no podían permitirse el lujo de ignorar el fenómeno de la emancipación de Africa, que ha alterado totalmente la relación de las fuerzas mundiales y que se manifiesta en forma bastante ruidosa. «Hoy día, Africa forma parte de esa opinión mundial que América no puede permitirse el lujo de dejar de escuchar, y que sostiene la lucha por la independencia.»

En todo caso, ese interés se evidencia con particularidades tan significativas como la siguiente: mientras el secretario adjunto encargado de los asuntos africanos—J. Palmer <sup>2</sup>—se encontraba—en *tournee*—por Africa del Norte, el senador Robert Kennedy estaba visitando Africa del Sur <sup>3</sup> (junio de 1966).

<sup>1</sup> Vid. «Batalla de la no violencia», *Atlántico*, Madrid, 27 febrero 1964, pp. 44-45.

<sup>2</sup> El nombramiento de Palmer era anunciado por la Casa Blanca el 15 de marzo de 1966. Especialista en cuestiones africanas, menos dinámico y más conservador que su predecesor, Mennen Williams.

<sup>3</sup> En ella exponía cosas como éstas: «El *apartheid* es uno de los azotes que reinan en el mundo, con la discriminación racial en Nueva York, el hambre en la India y el encarce-

Pues bien, dentro de esa dinámica de interés *actual* hemos de situar la forja de una *nueva política africana* de Washington<sup>4</sup>, de que se habla en el presente.

¿Cómo se ha llegado a ella?

### 1. *Fases de la política contemporánea.*

Primeramente, recordemos que la Administración Eisenhower, en sus relaciones con los países independientes de Africa, se había preocupado—por ejemplo, en la época cumbre de la guerra de Argelia—por no emprender nada que pudiese inquietar a las potencias europeas (de las cuales se conocía su tendencia a considerar el continente africano como zona de influencia propia).

Política que, por otra parte, debe insertarse en el gran contexto de la concepción de John Foster Dulles sobre el neutralismo positivo, enjuiciado como un concepto inmoral que los U. S. A. no podían más que condenar, con todas sus consecuencias (limitación de la ayuda económica y militar a los países del llamado mundo libre o identificados con él, etc.).

En segundo lugar, notemos que la llegada de Kennedy al Poder se traducía en: *a*) apreciación de la *especificidad* y la urgencia de las cuestiones del continente africano (nombramiento de Mennen Williams—de tendencias liberales—como secretario adjunto de Estado para los asuntos africanos); *b*) atención a la sensibilidad nacional de los nuevos Estados (cuidado en elegir como jefes de misión en Africa—y en Asia y en Iberoamérica—a personalidades conocidas por sus simpatías hacia los países o hacia los dirigentes cerca de los cuales se les acreditaba, o a personalidades del ala izquierda del partido demócrata (casos de El Cairo, de Conakry, de Addis Abeba, de Argel), y *c*) voluntad de confirmar a los Gobiernos africanos la realidad de estar los U. S. A. ganados a la causa del anticolonialismo y del derecho de los pueblos a la autodeterminación (de lo que se encargaba a Mennen Williams, en una serie de viajes a través del continente africano, a la vez que se invitaba a los jefes de Estados africanos a visitar los Estados Unidos—de Habib Burguiba a Hailé Selassié, pasando por Léopold Sedar Senghor y Sékou Touré—).

---

lamiento de los intelectuales en la Unión Soviética. Ahí tenemos azotes diferentes, pero todos obra común del hombre». Vid. *Le Monde*, 8 de junio de 1966, p. 5.

<sup>4</sup> Cons. Philippe DECREAENE: «Les Etats-Unis à la recherche d'une politique africaine», *Le Monde*, 6 de enero de 1967, pp. 1 y 5.

Sin embargo, el aspecto más característico de la política exterior de Kennedy era el viraje en la actitud americana ante la postura de no alineamiento. Ahora ya no se trataba de condenar tal posición. Bien al contrario. Kennedy aseguraría a Modibo Keita que «el Gobierno de los Estados Unidos considera[ba] que la política de no alineamiento [iba] en el interés de ciertos países de nueva independencia, que [deseaban] mantener relaciones equilibradas con todas las grandes potencias del mundo». «Vuestra negativa a alinearos con los bloques no nos parece—añadía Kennedy—contraria a los intereses que nosotros defendemos, ni tampoco a los de la paz mundial...»

Es partiendo de tal principio como la Administración Kennedy conseguía readaptar sus relaciones con Africa y Asia. Kennedy enviaba a El Cairo al doctor John Badeau—un amigo de Egipto—, que, en unos meses, obtenía para Nasser un sustancioso programa de ayuda. En Conakry era el embajador William Attwood quien negociaba con Sékou Touré la normalización de las relaciones entre los dos Estados, lo que llevaba a la conclusión de un importante acuerdo de ayuda, etc.

Y frente a las críticas de quienes se quejaban de la asistencia que Washington aportaba a los Sékou Touré, a los Nasser, a los Nehru, Kennedy decía: «Sé que tomamos un *riesgo calculado*. Pero, ¿cuál sería la alternativa? Esta política es la única que nos permite mantener una comunicación directa con los diferentes jefes de Estado de tales países y, por tanto, un medio de influir sobre el curso de su política. Digo *influir* y no *ejercer una presión*. En tanto que nuestras relaciones sigan siendo satisfactorias con El Cairo, tenemos la convicción de que el presidente Abdel Nasser cuidará de no aventurarse en empresas que trastornarían la actual cristalización de fuerzas en la región, singularmente en lo referente al bloque soviético, de un lado, y a Israel, de otro. Idénticamente, en lo que toca a otros [Estados], sin nuestra ayuda, la India sucumbiría ante China en un plazo de cinco a diez años. En cuanto a Guinea y a Ghana, no tengo necesidad de recordaros cuánta desconfianza sentían estos dos países hacia el Occidente hace solamente cuatro o cinco años...»<sup>5</sup>.

En suma, como indicaba Albert Tevoedjre, «con Harriman, Mennen Williams y algunos otros, la América de John Kennedy intentaba suscitar en Africa no el desorden, sino la cooperación; no la multiplicación de bases militares, sino las obras del Cuerpo de la paz»<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Cons. SIMON MALLEY: «Les 1000 jours de Kennedy», *Jeune Afrique*, Túnez, 2-8 de diciembre de 1963, pp. 10-11.

<sup>6</sup> Vid. *Jeune Afrique*, número cit. not. ant., p. 14.

## 2. *Principios de la política de Washington.*

En tercer lugar, nos detendremos un poco en la actual política africana de Washington. A tal fin consignemos que ésta se articula en una serie de principios *políticos*, los cuales—reducidos a su más concisa abreviatura—son:

1.º *Renuncia a exigir de los Estados africanos una adhesión incondicional a las tesis ideológicas occidentales.*

En esta perspectiva, los U. S. A. sostendrán a Estados tan opuestos ideológicamente como Guinea y Costa de Marfil.

En el primer caso, para evitar que, al deteriorarse catastróficamente una situación económica difícil, Conakry cediese de manera irreversible a la tentación del comunismo.

Criterio que, sin embargo, genera amargas reflexiones por parte de los círculos moderados del continente. Así, los gobernantes de la Corta de Marfil sostendrán que la política «avanzada» de Guinea le ha permitido obtener de los Estados Unidos ayuda diez veces superior a la disfrutada por algunos *vaiets* del imperialismo. *Críticas* que no sólo proceden de políticos, sino también de hombres de negocios. En esta ruta, son elocuentes unas palabras de Jayant Madhvani, prominente *businessman* del Africa Oriental: «Creo que si los Estados Unidos fueran invitados a ayudar a Zanzíbar, habría un tropel de ayuda estadounidense a este país, a fin de equilibrar la influencia china y rusa en tal zona. Los países malvados (*sic*) consiguen ayuda y los establecimientos son descuidados...»

En el segundo caso mencionado—el de Costa de Marfil—se trata de acelerar la promoción económica de un Estado cuyos esfuerzos de desarrollo han producido resultados espectaculares, y que constituyen un ejemplo—Estado piloto—para el conjunto del mundo africano (manifestado en una serie de facetas: 1.ª importante desarrollo de la producción agrícola—tercer productor mundial de café, cuarto productor mundial de cacao, sexto productor de bananas, etc.—y con una industria de transformación notablemente desarrollada; 2.ª notable auge industrial desde 1960; 3.ª Abiyán: el primer puerto comercial del Africa negra francófona—1965—, etc.

Como índice de esta materia, baste lo antedicho.

2.º *Los Estados Unidos deben tratar de completar la acción de las antiguas potencias coloniales europeas, más que tratar de reemplazarlas.*

En ese marco—de diversos aspectos—ha de colocarse la simpatía estadounidense hacia la *agilización* de los vínculos entre las antiguas metrópolis y las antiguas colonias. (Así, votos de que la política de cooperación Argel-París se prolongue, etc.).

También cabe recordar, en este extremo, cómo los Estados Unidos se colocan en la línea de apoyo a la política británica sobre Rhodesia. A este respecto señalemos que, una vez producida la declaración unilateral de independencia, Washington ordenaba el cierre de la oficina de la Agencia de Información de los Estados Unidos en Salisbury, retiraba su cónsul general, suspendía inmediatamente la cuota de azúcar de 1965, etc.<sup>7</sup> El 28 de febrero de 1966 el Departamento de Estado emitía una declaración en la que se aseguraba que no había «desacuerdos fundamentales entre los Estados Unidos y el Reino Unido acerca del problema rhodesiano». Y, desde luego, política de sanciones<sup>8</sup>.

Y sólo cuando se corre el riesgo de ver surgir un *vacío político*, Washington se decide a llenarlo. Así ocurría cuando los U. S. A. resolvían comprometerse militar y políticamente en el asunto del Congo. Acción que, para algunos, tenía un contenido eminentemente político (por encima de los intereses del grupo Rockefeller en la *Tanganyika Concessions*, con participación en la Unión Minera del Alto Katanga).

Ahora bien, no todo el mundo parece estar de acuerdo con tan optimista exégesis. Por ejemplo, especialistas occidentales, del tono de Decraene, no dudan en admitir el papel de los grandes intereses financieros estadounidenses en el desarrollo de algunas crisis africanas—como la del Congo ex belga o la de Rhodesia—. Dentro de este panorama no es un secreto la existencia de críticas a los Servicios secretos americanos. Así, adviértase cómo en 1966 *La libre Belgique* escribía: «Los Servicios secretos americanos han creído poder contar con Mobutu y con su dictadura militar para estabilizar el país. Ellos han animado a Mobutu a dar seguridades al extremismo africano y a disputar con Bélgica, yendo hasta garantizar al general una acrecentada asistencia americana, civil y militar, para compensar la marcha de los belgas».

<sup>7</sup> Cons. Joseph S. ROUCEK: «The Present Political Situation of Rhodesia», *Il Politico*, Pavía, marzo de 1966, p. 114.

<sup>8</sup> Las sanciones económicas aplicadas por los Estados Unidos afectan a todas las exportaciones americanas a Rhodesia—en 1965, de una envergadura de unos 23 millones de dólares— y al 80 por 100 de las importaciones. Vid. *Le Monde*, 7 de enero de 1967, p. 22.

Parejamente, al añadirse el Instituto americano-africano (A. A. I.) a la lista de los beneficiarios de las subvenciones de la C. I. A. (23 de febrero de 1967), el presidente de la Subcomisión para los asuntos africanos de la Cámara de Representantes declaraba que esas «revelaciones exponen a dar un serio golpe a la imagen que los africanos se hacen de los Estados Unidos, tanto más cuanto que *la C. I. A. era ya sospechosa a los ojos de numerosos africanos*».

Y el repertorio de juicios de ese tipo no se agota con lo registrado. Por ejemplo, el presidente de la Asamblea Nacional de Costa de Marfil, considerando—el 3 de mayo de 1966, en París—la ayuda americana a Guinea como un error—en razón de que Sékou Touré sigue siendo «el furriel (*sic*) de la influencia de la China de Pekín en Africa», etc.—, declaraba: «El deseo de contrarrestar la política francesa en el continente africano no es extraño a esta actitud americana».

En último término, en este campo, no ha de dejarse de lado la existencia de una directriz de pensamiento—bien representada por el doctor Oliveira Salazar—para la que los Estados Unidos vienen haciendo en Africa «una política paralela a la de Rusia»—aunque sea con intenciones distintas—, en cuanto debilitación de las fuerzas de resistencia de Europa y la defensa de la propia Africa<sup>9</sup>.

3.º *Apoyo a los intentos de reagrupamiento regional, a causa de que la estabilización del continente negro se vería menos amenazada si pudieran crearse y desarrollarse grandes urdimbres regionales.* (Motivo: resulta más cómoda la concesión de ayuda económica y financiera a grandes entramados que a pequeños Estados).

Concretamente, en el mensaje de 1966 sobre la ayuda exterior al Congreso, el presidente Johnson indicaba—el 1 de febrero de tal año—que, una vez desarrollados mercados comunes africanos, los U. S. A. pensaban hacer gran uso de ellos como canales para la asistencia estadounidense<sup>10</sup>.

Módulo regionalista que, por otra parte, atrae juicios favorables de los orígenes más diversos. Así, podrá aducirse la concepción de Nkrumah de una

---

<sup>9</sup> Vid. *El ultramar portugués y la O. N. U.*, discurso pronunciado en la sesión extraordinaria de la Asamblea Nacional, el 30 de junio de 1961, Lisboa, 1961, pp. 7-8. El mismo concepto se hallará en la *Declaração sobre política ultramarina*, hecha por el presidente del Consejo de Portugal el 12 de agosto de 1963, Lisboa, 1963, pp. 28-29.

<sup>10</sup> Vid. pormenores en *Commonwealth Survey*, Londres, 1966, p. 308.

*zona óptima de desarrollo* como condición indispensable para la viabilidad de un Estado africano (una cifra superior a cien millones de habitantes), lo que constituye la base para la construcción de una *sociedad nueva*. Y de ahí también su no aceptación de la tendencia propugnadora de una pluralidad de socialismos (socialismo africano de Senghor, socialismo árabe de Nasser, socialismo malí, etc.). La construcción del socialismo en un solo país no parece posible en Africa, debido a que un pequeño Estado no puede resistir los ataques del imperialismo... <sup>11</sup>.

Y el hecho es que Léopold Sedar Senghor ha elaborado una teoría de *círculos concéntricos* <sup>12</sup> y que autores como René Dumont se insertan también en la corriente «regional» <sup>13</sup>.

En fin, la misma Conferencia de Addis Abeba (mayo de 1963) consideraba la imperiosa necesidad para los países africanos de poner en común sus recursos y armonizar sus actividades en el terreno económico (desde posibilidad de crear una *zona africana de libre comercio hasta institución de una unión africana de pagos*) <sup>14</sup>.

4.º *Absoluta convicción de que una política africana de largo alcance exige el no desdeñar a ninguno de los sectores de la opinión pública local. Faceta de contactos con los «equipos de sucesión», etc.*

### 3. *Algunas realidades de las relaciones Estados africanos-U. S. A.*

Apuntados los principios fundamentales de la política norteamericana en el continente africano, conviene estar al tanto del ambiente de tranquilo realismo con que se lleva a cabo.

En ese sentido, y en un perfil del asunto, vemos que, si en los años cincuenta el Departamento de Estado se sentía desasosegado ante la «ofensiva»

<sup>11</sup> Vid. *Le Monde Diplomatique*, París, abril de 1966, p. 6.

<sup>12</sup> Cons. *Le Monde Diplomatique*, junio de 1965, p. 1 del suplemento sobre el Senegal.

<sup>13</sup> Este autor ha defendido el establecimiento de dos mercados comunes para el Africa Occidental y otro para el Africa del Norte. Vid. *Cuadernos*, París, 72, mayo de 1963, p. 7.

<sup>14</sup> Perfil regionalista que es estimado asimismo en los medios lusitanos. Vid., por ejemplo, J. M. DA SILVA CUNHA: *Regionalismo: solução africana*, Lisboa, Agência-Geral do Ultramar, 1964, pp. 33-34. Se trata de una conferencia pronunciada en la Facultad de Letras de la Universidad de Coimbra.

soviética en Africa, en los sesenta ha actuado con madurez ante la presión soviética-chino en tierras africanas.

Desde luego, Washington ha tenido otros motivos para ejercitar la serenidad. Pues no cabe duda que los U. S. A. han conocido fracasos y desilusiones.

Por ejemplo, a principios de 1965 se producía la expulsión por Tanzania de dos diplomáticos estadounidenses, acusados de estar intrigando para lograr el derribo del Gobierno de Nyerere y a lo que Washington respondía negando los cargos y pidiendo pruebas. Al no presentar pruebas el Gobierno de Tanzania, los Estados Unidos retiraban su embajador y expulsaban al número 2 de la embajada de Tanzania en la capital federal norteamericana. Y, finalmente, Nyerere, acusando a los Estados Unidos de tácticas intimidatorias, llamaba a su embajador en los U. S. A.

A la par, cabe mencionar las protestas de Uganda contra los Estados Unidos y las manifestaciones antiestadounidenses en Kampala, en febrero de 1965. Idénticamente, en agosto del mismo año se registraba la retirada de los representantes diplomáticos de los U. S. A. cerca del Brazzaville-Congo, a causa del mal trato a los funcionarios estadounidenses, etc.

Asimismo, hemos de aludir a la crisis en las relaciones con Guinea. A principios de noviembre de 1966, como consecuencia del secuestro de la delegación de Guinea a la Conferencia de la O. U. A. por las autoridades de Ghana, Sékou Touré acusaba a los Estados Unidos de culpabilidad en tal suceso, atacaba al «imperialismo americano»—valorado como «enemigo irreductible de los pueblos»—, decidía una serie de medidas antiestadounidenses, etc. Ahora bien, esto era un *episodio*. Tras la estancia del ministro de Asuntos Exteriores de Guinea en Washington—en 6-15 de marzo de 1967—, se restablecía la ayuda de los Estados Unidos a este país a su nivel anterior a 1966 (o sea, 24,6 millones de dólares)<sup>15</sup>, manteniéndose la asistencia en productos alimenticios del programa *Food for Peace* en 10,6 millones de dólares.

Otro caso de esta índole es la marcha de las relaciones entre Argel y Washington. Después de la caída de Ben Bella—sobre cuyo régimen el Gobierno estadounidense levantaba en algún momento la amenaza de supresión de su ayuda—, Washington se mostraba deseoso de establecer buenas relaciones con el nuevo régimen y dispuesto a explorar todas las posibilidades de cooperación. Incluso se hablaba de la intensificación del programa de ayuda de la A. I. D. y de las exportaciones argelinas a los Estados Unidos.

<sup>15</sup> En 1966, la ayuda estadounidense a Guinea había sido reducida en tres cuartos.

Pero la realidad es que las relaciones entre la República argelina democrática y popular y los U. S. A. no son mucho mejores hoy que bajo el régimen de Ben Bella.

Al mal estado de las relaciones argelino-estadounidense daba carácter oficial la carta dirigida al ministro argelino de Asuntos Exteriores—A. Buteflika—por el embajador de los Estados Unidos en Argel<sup>16</sup>. En tal documento se manifestaba concretamente «*la desgraciada impresión*» de que la atmósfera de las relaciones entre los dos Gobiernos, en vez de mejorarse en los últimos meses, se ha deteriorado. La diplomacia estadounidense se quejaba de que los ataques de la Prensa y de la Radio gubernamentales contra los Estados Unidos se habían hecho más ásperos. Y, a este respecto, se han citado las imágenes diarias de la televisión argelina sobre «los crímenes de los imperialistas americanos» en el Vietnam y los «virulentos comentarios» (G. Viratelle) consagrados por la Prensa argelina al tema. Con la particularidad de que los ataques no se han limitado al Vietnam, sino que se extienden a otros puntos.

Cierto que no era la primera vez en que Washington se sentía ofendido por el tono de la Prensa argelina. Pero no menos cierto es que, por otro lado, algunos periódicos estadounidenses han lanzado ataques al «régimen comunista del coronel Bumedien» y a «su revolución agraria a lo chino».

Ahora bien, como ya hemos advertido en otro capítulo, aunque las relaciones políticas entre los Estados Unidos y Argelia sean tensas, sigue la ayuda económica de Washington...

Otro matiz de esta temática lo ofrece Egipto. En marzo del año actual El Cairo ha decidido limitarse a comprar trigo americano al precio *en curso* y no pedir a los Estados Unidos facilidades de pago, a la vez que la R. A. U. retiraba su petición de compra de trigo presentada en febrero de 1966, y que no había obtenido respuesta... Nasser decía al embajador americano en El Cairo: «Hemos tenido paciencia durante mucho tiempo, ante las presiones y las difamaciones de que hemos sido objeto a causa de la cuestión del trigo. Pero nuestra paciencia ha llegado a su término».

Ahora bien, para consuelo de Washington, está la circunstancia de que los U. S. A. no han sido la única gran potencia con «fallos» en las áreas africanas. De esta manera nos hallamos con que, en enero de 1966, el Gobierno de Dahomey decidía la suspensión de relaciones con la República Popular

<sup>16</sup> Vid. *Le Monde*, 25 de enero de 1967, p. 8. Cons. también el número de 26 de enero de 1967, p. 6.

China; que en ese mismo mes se rompían las relaciones entre la República Centrafricana y Pekín; que desde las primeras horas del golpe militar de Ghana, la capital del país conocía la «chasse aux chinois», etc.<sup>17</sup>. En cuanto a los soviéticos, puede decirse—con Walt W. Rostow—que «han tenido sorpresas» en Africa—como en el Oriente Medio, en Asia y en Iberoamérica. «Han comprobado, ante todo, que la voluntad de independencia de los países que atacaban era singularmente poderosa». A entender de este teórico del desarrollo económico, los dirigentes de tales países «han comprendido rápidamente que el objetivo esencial de los soviéticos era atraerlos a la órbita comunista»<sup>18</sup>. Aparte de otras secuelas. Así tenemos que los Gobiernos de Kenya y Etiopía están profundamente preocupados por la extensión de la ayuda militar rusa a Somalia y, en consecuencia, el Gobierno de Addis Abeba ha presionado a Washington para obtener más equipo moderno y competir con el proporcionado por Moscú a los somalíes<sup>19</sup>, etc.

No obstante, conviene estar al tanto de que, aun en un país donde la ayuda militar de la U. R. S. S. ha sido indiscutible—si bien resulta difícil calcular su extensión precisa—, los americanos se han encargado del entrenamiento de la fuerza de policía: Somalia.

#### 4. Una reacción: realismo ante orden y demagogia.

Y caigase en la cuenta de que la sangre fría tiene distintos campos de actuación en la problemática africana.

Es por ello por lo que se impone consignar que la situación en la zona meridional del continente negro engendra conflictos de intereses para los U. S. A. Así sucede en el área sudafricana: imperativos económicos y políticos *versus* ideales mundiales de igualdad (ambiente internacional *antiapartheid*).

Verdaderamente, Washington aplica un estricto embargo a las armas destinadas al Africa del Sur, etc. Pero, al mismo tiempo, intenta hacer política de moderación. Acontecimientos como la confusa situación en el Kinshasa-Congo, la multiplicidad de golpes de Estado en Africa, etc., han impresionado a los

<sup>17</sup> Cons. Philippe DECREAENE: «Le gouvernement de Pékin se heurte à une méfiance accrue des dirigeants d'Afrique noire», *Le Monde*, 4 de marzo de 1966, p. 5, etc.

<sup>18</sup> Vid. «Desarrollo del tercer mundo», *Atlántico*, cit. ant., pp. 12-13.

<sup>19</sup> Cons. *The Observer*, Londres, 24 de julio de 1966, p. 4.

dirigentes estadounidenses y les han incitado—con el consiguiente temor a ver extenderse la zona de inquietud—a disminuir—¿momentáneamente?—el vigor de las «presiones» sobre los dirigentes sudafricanos, rhodesianos y lusitanos. Ahí está, en todo caso, la oposición de los Estados Unidos—manifestada por Mr. Goldberg, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 26 de abril del año en curso—a toda solución del problema del S. O. africano que no sea por medios pacíficos (frente al proyecto «duro» de los afroasiáticos y Yugoslavia).

Orientación moderadora que, por lo demás, se perfilaba nítidamente con abstenciones estadounidenses como la registrada ante una resolución de 15 de octubre de 1965 de la Asamblea General de la O. N. U., en la cual se veía —entre otras cosas—la situación en Africa del Sur como una amenaza a la paz y la seguridad internacional, se sostenía la necesidad de acción para el mantenimiento de la paz, a fin de resolver el problema del *apartheid* y se recomendaba la aplicación universal de sanciones económicas; o la registrada ante una resolución del 23 de noviembre de 1965 del Consejo de Seguridad, afirmando que la política portuguesa en sus territorios de Ultramar «perturbaba seriamente la paz y la seguridad internacional», etc.

Ahora bien, en esa dialéctica cabe introducir elementos de perplejidad como el siguiente.

En una obra titulada *The Reds and Blacks*, William Attwood—embajador estadounidense en tierras africanas, ya mencionado líneas arriba<sup>20</sup>—mantenía muy recientemente que los Estados Unidos deberían desolidarizarse de Africa del Sur y de Portugal, «pues, a la larga, la dominación de la minoría blanca está condenada a desaparecer, y todos aquellos que aún parecen apoyarla hoy, sufrirán—a fin de cuentas—el castigo en Africa».

A su entender, «deberíamos desolidarizarnos progresivamente de Africa del Sur, en tanto que esta última perseverase en su política racial inmoral e insensata. También deberíamos desolidarizarnos de Portugal, en tanto que éste se negase a seguir el ejemplo de los franceses y de los británicos, los cuales han sabido descolonizar a tiempo».

<sup>20</sup> El autor no es un desconocido en esta REVISTA. Vid., verbigracia, la doctrina que elaboraba para Africa hace algún tiempo, en nuestro trabajo «Estados Unidos y Africa. Algunas premisas e implicaciones». *Revista de Política Internacional*, Madrid, 75, septiembre de 1964, pp. 133-134.

Para Mr. Attwood, «en Africa no puede hacerse que la corriente de la independencia dé marcha atrás», al igual que sucede con la corriente hacia la plena igualdad racial en los Estados Unidos <sup>21</sup>. «Quienes piensan lo contrario—ya se trate de colonialistas lusitanos o de segregacionistas de Africa del Sur—viven en un mundo de sueños. Hoy es preciso elegir entre quebrar tal corriente o darse cuenta de que la Alianza atlántica ya no es la piedra angular de la fuerza y de la influencia del Occidente. En las Naciones Unidas, los aliados de la O. T. A. N. se hallan en minoría ante 38 países africanos. Y eso sin hablar de los países asiáticos». Llegándose a esta conclusión: «Conseguir el apoyo de estos países, aun a riesgo de disgustar a algunas viejas naciones colonialistas, es importante para nuestros intereses a largo plazo, así como para los de la organización mundial».

Ahora bien, ha de caerse en la cuenta de que tales filosofías *de acción* anti-Lisboa, etc., dan pie a la plasmación de fórmulas *de reacción* entre los afectados por aquéllas. Así, a una doctrina de *frente unido* de la llamada Africa blanca austral.

A principios de año, Morais Cabral esgrimía la validez del establecimiento de un *bloque* del Africa meridional. Su argumentación era ésta: teniendo Portugal, Rhodesia y la República de Africa del Sur los mismos enemigos—«enemigos que no perdonan ni descansan»—, todo abona para que se unan a fin de combatirlos <sup>22</sup>.

Y en tal ruta bueno será recoger lo que ha afirmado *Le Monde*: si Portugal ha aceptado oficialmente respetar el bloqueo de Rhodesia, «de hecho Mozambique se ha asociado secretamente a Africa del Sur para organizar la supervivencia de Rhodesia...» <sup>23</sup>.

---

<sup>21</sup> En este terreno cabe mentar los estrechos contactos entre dirigentes negros de los Estados Unidos y políticos africanos, la confrontación de sus puntos de vista, etc. Y que incluso se ha propugnado—así, por Martin Luther King—la organización de «conferencias formales» entre los dirigentes africanos y los *líderes* de la lucha contra la segregación racial en los U. S. A. (ya que, en el fondo el combate contra el colonialismo y el combate contra la segregación racial son idénticos: expresiones diferentes de una misma injusticia).

<sup>22</sup> Vid. «Uma frente única e válida. Portugal, Rodésia, República da Africa do Sul», *Ação*, Lisboa, Junta de Ação Social, enero de 1967, p. 34.

<sup>23</sup> Cons. *Le Monde*, 22 de abril de 1967, p. 5, c. 5.<sup>a</sup>

### III

#### LA FACETA CULTURAL

Hemos anotado una serie de importantes manifestaciones del interés estadounidense por Africa. Singularmente, sobre el perfil máximo: la faceta política.

Ahora bien, los aspectos de la óptica norteamericana sobre Africa no concluyen con lo indicado. Ni mucho menos. Piénsese cómo Brendan M. Jones ha hablado—en el *New York Times* <sup>24</sup>—de «la ignorancia de las condiciones africanas» por parte de los inversores extranjeros. Todavía más: un hombre de negocios del Africa Oriental no ha dudado en asegurar que «los americanos carecen aún de conocimientos sobre Africa, por lo que están amedrentados a la hora de arriesgarse hasta en un país estable...»

Mas en esta tesitura ha de tenerse presente que actualmente los U. S. A. aparecen pertrechados con todo un haz de instituciones de estudio de la problemática africana y de especialistas sobre la misma.

En nuestra hora, los Estados Unidos disponen de una veintena de grandes centros de estudio de los asuntos africanos. Junto a eso, tenemos que los expertos americanos—organizados en equipos de investigadores en disciplinas tan diferentes como la arqueología, la geografía, la economía o la historia—se interesan muy de cerca por la evolución del continente negro. Y de este modo vemos cómo los *political scientists* estadounidenses abordan con ímpetu el estudio de los sistemas políticos africanos, etc.

No menos relieve merece la existencia de un entramado como la *African Studies Association*, que agrupa a unos mil quinientos adheridos y organiza—desde hace unos años—congresos, donde se reúnen universitarios, hombres de negocios y diplomáticos interesados—por diversos motivos—en el Africa blanca o negra.

Y un hecho llamativo de este panorama es la importancia de los recursos financieros de que disfrutaban los estudiosos americanos de la temática africana,

---

<sup>24</sup> «Economy of Africa: Trouble and Promise», *The New York Times*, e. i., 1 de febrero de 1965, p. 1 de la *African Business Review*.

por intermedio de fundaciones como la Ford o la Carnegie, o por el de asociaciones filantrópicas u organismos privados (a veces directamente vinculados a los medios de negocios).

Además, no ha de olvidarse la multiplicación de los cambios culturales con Africa<sup>25</sup>. Concretamente, invitando a un considerable número de jóvenes que serán, en el futuro, los responsables políticos de Africa. Por tanto, ha de contarse con la presencia de estudiantes africanos en las Universidades americanas (la mayoría originarios de los territorios angloparlantes)<sup>26</sup>.

A la par, han de citarse las invitaciones a africanos para pasar cortas temporadas en los Estados Unidos, de donde regresan convencidos de la superioridad técnica de la civilización estadounidense, etc.

Sin dejar de lado, en este camino, la faceta—derivación ya de lo estrictamente cultural a lo político—de los gobernantes. Por ejemplo, en septiembre de 1966, Léopold S. Senghor—presidente del Senegal—visitaba los U. S. A., donde tenía una entrevista privada con Johnson, pronunciaba un discurso en la Universidad Howard, etc.

#### IV

#### CONCLUSIÓN

En fin, trazados los rasgos más salientes de la política estadounidense para el continente africano, se impone poner punto final a nuestra valoración.

Pues bien, contando con que, indudablemente, las fuerzas del radicalismo van a continuar desplegándose por Africa, ha de saberse comprender que el control de esas fuerzas por rusos o chinos para sus propios objetivos internacionales *depende más de la política occidental que de la de los comunistas*. Tal es la opinión de un oteador de estas materias, Colin Legum.

El fallo occidental en aprender las verdaderas dificultades de Africa y sus factores emocionales—y responder apropiadamente a todo ello—sólo puede

---

<sup>25</sup> En esa dirección, obsérvese la contribución estadounidense al primer festival mundial de las artes negras celebrado, en abril de 1966, en Dakar (con delegados de 39 países).

<sup>26</sup> Aparte de los refugiados políticos de Africa del Sur, de Rhodesia y de los territorios lusitanos de Ultramar.

conducir al alza de las fuerzas del radicalismo, en una dirección antioccidental, como ha sucedido ya en otras partes del globo <sup>27</sup>.

Materia para un genio del distinguo, de la matización, del tacto. (¿Verdadero trabajo de Sísifo?)

¡Ese es el tremendo desafío que a la inteligencia y a la voluntad de los Estados Unidos—y de todo el Occidente—lanza el agitado y atormentado mundo africano!

LEANDRO RUBIO GARCIA.

---

<sup>27</sup> Vld. Colin LEGUM: «Is Africa falling apart?», *The Observer*, 27 de febrero de 1966, página 21.

